de ser servido con fidelidad aunque con desagrado. El marques de la Vieuville superintendente de rentas bajo el reinado de Luis XIII adquirió la gracia del rey y sus empleos, ensalzando hasta las nubes el espíritu y la conducta de este príncipe en mandar los ejércitos en persona. Aunque ninguna capacidad tenía para la guerra, se alegraba de que le dijese que la tenía, y aun acaso se lo creería: porque no hay cosa mas vana que el poder, ni cosa mas crédula que la vanidad. Al mismo tiempo el canciller de Sillery cayó en desgracia del rey y perdió su empleo por haber censurado estas correrías militares. Su hijo, Mr. de Puiseux, secretario de estado, fué retirado en seguida, so pretesto de que el rey no podia tener confianza en un hombre á quien podia haber agriado la desgracia de su padre.

Casi todos los cortesanos contribuyeron á la desgracia de este ministro por motivos personales y distintos. La reina madre le aborrecia por causa de su gran crédito cerca del rey: el cardenal de Richelieu tambien, porque se habia opuesto á la elevacion de este prelado á la púrpura: el príncipe de Condé igualmente, porque el canciller habia adelantado la paz con los huguenotes, lo que hacia perder al príncipe en todo ú en parte su crédito en el ejército: el conde de Soissons no menos, porque habia retardado su matrimonio con la hermana del rey: el mariscal de Thoyrás, porque le habia desacreditado con el rey: el duque de Bellegarde, porque se habia opuesto á la dimision que queria hacer de su empleo en favor de un pariente. Estos fueron los verdaderos motivos aunque muy opuestos á los que se daban. Acusábanle de haber faltado al respeto del rey y á la fidelidad en su cargo por haberse dejado corromper. Fuesen las que se quiera las faltas que hubiere cometido, ninguna parte tuvieron en su desgracia.

Es cosa muy fragil el favor en la corte. El de la Vieuville superintendente, tuvo su período y su declinacion. Aunque habia adulado al rey y mentido por honrarle, este príncipe le abandonó á los celos y al odio del cardenal, concurrente mas temible que podia serlo el rey mismo. Los ministros que pier-